



TRAJES SICILIANOS — HILANDERA.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Conclusión.)

Así se oculta, se recoge y parece que se apaga la llama de un incendio; pero el soplo mas ligero la hace brotar de repente mas voraz y mas intensa.

Y es lo cierto además que si Juan Perez había podido olvidar á Cecilia, nunca tuvo lugar en su corazón para otra mujer.

Y por último, el amor es vengativo y había reunido aquel día todas sus fuerzas para vengarse cruelmente de la indiferencia del soldado.

Hemos dicho que estaba resignado, y así era la verdad. No culpaba al cielo, ni á la tierra, ni á los hombres. Su dolor tenía una fórmula que la resignación había puesto en su boca:

«Soy desgraciado.»

Así lo pronunció besando por última vez la sepultura de su madre; y Cecilia, que estaba á su espalda, pálida y deshecha en llanto, cayó de rodillas junto á él y exclamó:

«Somos desgraciados.»

Juan Perez se puso de pié.

—¿A qué has venido! le dijo con tristeza.

—Todos los domingos vengo á rezar sobre esta sepultura, y hoy es domingo.

Juan Perez sacudió tristemente la cabeza.

—Juan, te creía muerto.

—Ya lo ves, contestó el soldado.

—Era sola en el mundo, continuó la jóven enjugándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Sola! murmuró Juan Perez.

—Valentin era tan bueno... me amaba casi tanto como tú...

—Esto es un castigo, Cecilia; yo perdí la fé de nuestro cariño... casi te olvidé.

—¡Ah, yo nunca! exclamó la jóven poniéndose de pié y levantando los ojos al cielo; Dios sabe que he rezado por ti todos los días.

—Abrazame, dijo el soldado tendiéndole los brazos.

Cecilia dobló su hermosa cabeza y permaneció inmóvil.

—Abrazame, volvió á repetir Juan Perez; somos hermanos y mi madre nos ve.

Y la jóven dando un salto se colgó del cuello del soldado.

Y abrazados lloraron.

Y Juan Perez, haciendo un esfuerzo, apartó suavemente de su cuello los brazos de Cecilia, porque era imposible resistir de otro modo.

Los ojos de Cecilia no eran azules ni negros: eran de esos ojos en los que se reflejan todos los colores; ojos garzos, llenos de viveza, rasgados y suaves, en los que las lágrimas tienen una expresión irresistible; ojos cuyas largas pestañas sombrean las mejillas como un velo de castidad y de pureza.

Y en la mirada de aquellos ojos estaba suspensa toda el alma de la jóven; y su frente morena y tersa se levantaba hasta descansar sobre el hombro robusto del soldado; y el aliento de su boca encarnada como una rosa á medio abrir, y los latidos de su corazón, y el temblor de sus brazos redondos y desnudos; todo esto lo sentía el soldado dentro de su corazón, lo percibía por todo su ser, y desfallecía y se abrazaba.

Y Cecilia no tenía fuerzas para separarse de aquel hombre tan querido y tan llorado, y temblaba toda y se estremecía hasta el fondo de su alma; porque también, como el soldado, se sentía desfallecer y abrazar.

Y este abrazo, sin embargo, pudo verlo Dios sin enojo, y la madre de aquellos huérfanos sin pesar.

Al fin se separaron.

—Cecilia, esta vez es para siempre.

La jóven comenzó á sollozar.

—Juan, tengo que pedirte un favor, dijo con ansia, después de algunos minutos de doloroso silencio.

Juan Perez no contestó; pero en sus ojos leyó la jóven que podía pedirlo todo.

—Cuando se ponga el sol, continuó Cecilia, nos daremos el último adios.

—Yo he presenciado muchas batallas, exclamó Juan Perez; he sentido el frío de la muerte dentro de mis huesos; he visto la eternidad delante de mis ojos mas negra que un abismo, y no he tenido miedo; pero al separarme de tí soy cobarde, quisiera morir... Cecilia no tentemos á Dios.

—Yo tengo un hijo, prosiguió la jóven, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir el soldado. Esta noche le darás un beso y partirás para siempre.

Juan Perez se resignó, y Cecilia se dirigió lentamente hácia la puerta del cementerio.

Así quería esta mujer inmensamente tierna enlazar en un beso su amor de mujer y su amor de madre; así quería estrechar al hombre de su cariño con el hijo de sus entrañas; quería purificar su pena y santificar su amor. Y quería además dar tiempo á una despedida, para la que necesitaba todo su valor y todas sus fuerzas.

5 DE AGOSTO DE 1855.

Cuando llegó á la puerta del cementerio iba diciendo: «¡Dios mío, cuánto le quiero!...» Y al perderse detrás de la tapia, volvió Juan Pérez la cabeza, y exclamó oprimiéndose la frente con las dos manos: «¡Madre mía, por qué la he perdido!...»

Y.

PARA SIEMPRE.

Era domingo, y al oscurecer se reunían en la iglesia todos los vecinos de la aldea como una grande familia á rezar el rosario, y no faltaban á esta costumbre piadosa mas que los enfermos; de manera que al toque de la campana quedaban desiertas las calles y las casas.

Juan Pérez llegó hasta la punta de la casa del sacristán sin encontrar á nadie. Aquella era también la casa de Cecilia. Empujó suavemente y penetró en la entrada. A su frente se alargaba el hogar desierto, y á su derecha vió una puerta entreabierta, y entró.

Era una pieza casi cuadrada que recibía la luz por una de las dos ventanas que decoraban la fachada de la casa. Había una mesa de pino sobre la cual descansaba un crucifijo de bronce, un aca también de pino que ocupaba el ángulo derecho. Inmediato á la ventana cuatro sillas arrojadas ordenadamente á la pared, y el sillón de baqueta de la madre del sacristán colocado en medio y dando frente á la ventana. Había además en uno de los ángulos interiores sobre la pared mediana con la iglesia, una cortina blanca, detrás de la que se ocultaba la puerta angosta que ponía en comunicación la casa del sacristán con la sacristía de la iglesia.

Cuando Juan Pérez entró, Cecilia estaba de pie y sobre una piel de cordeiro negra y lanada tendida debajo de la ventana, estaba sentado el pequeño Valentín, el niño de dos años, el hijo de Cecilia, haciendo saltar entre sus dedos soprosados una manzana tan limpia y amarilla como la cera.

Juan y Cecilia se miraron en silencio, y el niño alzó su graciosa cabeza, mirando con asombro aquel hombre, cuyo vestido vela por primera vez.

Aquellas dos almas tan enamoradas y que iban á separarse para siempre, parecían tranquilas.

Después de algunos momentos de silencio, Cecilia apartó los ojos del soldado y le dijo con tristeza:

—Juan, sientate.

—Soy ave de paso, contestó Juan Pérez. Ave sola perdida en el espacio, que no tiene donde reposar. Todo lo he perdido en el mundo... ¡Quién cerrará mis ojos!... ¡Quién irá á llorar sobre mi sepultura!... ¡Para qué nací! ¡Por qué te he vuelto á ver, Cecilia, si he de cegar para siempre!

La joven le asió del brazo llorando. Todo el dolor de Juan Pérez lo sentía ella en su corazón: amaba al soldado con toda su alma; acaso había nacido solamente para amarle; y queriendo consolarle, cuando á ella empezaba á fallarle la resignación y el consuelo, exclamó imprudentemente.

—Juan, ¿me amas?

—Con toda mi vida... no me mires así. Sienta tus ojos que se clavan en mi alma, y sube de mi corazón una cosa que me ahoga. Descansa por última vez tu cabeza sobre mis hombros.

En aquel momento se levantó suavemente la cortina blanca, y sin ser sentido apareció Valentín, pálido, con los ojos hundidos y los labios trémulos, y se quedó insoñil, medio oculto detrás de la cortina.

Juan Pérez había rodeado con sus brazos la cintura de Cecilia, tenía clavada en ella su mirada ardiente, la devoraba, la oprimía y la pobre joven luchaba sin fuerzas.

Aquella era una escena muda, cuyo interés es imposible describir. Cecilia se deslizo de los brazos de su amante trémulo, afligida, desesperada, con esa desesperación que siente la mujer cuando comprendiendo su debilidad no puede dejarse vencer.

Juan Pérez bajó los ojos de pesar y de vergüenza.

—Juan, dijola joven, somos hermanos.

—Es verdad, hermanos que deben separarse para siempre; y alzando al niño en sus brazos, lo suspendió como una pluma, lo besó en la frente y lo depositó en el regazo de su madre.

—¡Adios! dijo Juan Pérez.

—Espera, murmuró Valentín adelantándose con trabajo y con una voz que parecía un estertor.

Cecilia y Juan Pérez se quedaron mudos de asombro, porque Valentín estaba livido, convulso, respiraba con angustia y se derramaba de sus ojos una luz fría, agonizante y con la boca entreabierta, los labios secos y azules, y los brazos tendidos hacia la puerta; por la cual trataba de salir Juan Pérez, para ser un cadáver que se agitaba dolientemente por un impulso gálvánico.

—Espera, continuó con voz sorda y profunda. Cecilia... no lo dejes

partir. Si yo pudiera, añadiría apoyándose sobre el respaldo del sillón me abrazaría á él para detenerlo, pero no puedo... no tengo fuerzas...

Cecilia, sin pronunciar una palabra, se acercó á su marido, y con una mirada llena de angustia quiso penetrar en el alma de Valentín, pero se espantó al contemplar de cerca aquellos ojos, aquella palidez, aquella respiración precipitada y ansiosa.

—¡Acércate, dijo á Juan Pérez, y tú, Cecilia. Ayudadme... sentadme. Y rodeando el cuello de Cecilia con su brazo izquierdo, y apoyando su mano derecha sobre el hombro del soldado, se dejó escurrir hasta sentarse en el sillón.

—Ahora, dijo, me voy á vengar.

Cecilia se estremeció, y Juan Pérez dobló la cabeza.

—Todo lo sé, continuó con mas ansiedad. ¡Pobres hermanos!... Juan, ella no te ha olvidado un momento; hace dos años que sigo paso á paso su dolor... ¡Cuántas veces han caído sobre mi pecho las lágrimas que derramaba por tí!

—Yo sentía, meignó lentamente y poniéndose la mano sobre el corazón; yo sentía aquí agitarse el germen de una enfermedad mortal. No flores, Cecilia, dijo volviendo á su mujer sus ojos apagados. Juan Pérez vive, ha vuelto... Dios lo ha dispuesto así. Dame á mi hijo... ¡pobre hijo mío! Tú serás su padre, Juan... porque yo, dijo con esfuerzo sobrehumano, os dejo para siempre.

Cecilia arrojó un grito y cayó de rodillas delante de Valentín. Juan Pérez sollozando sostenía la cabeza del moribundo, y el niño sentado sobre las rodillas miraba con espanto lo que pasaba á su alrededor sin poderlo comprender.

Valentín conoció que llegaba el momento supremo, sentía que faltaba aire para su pecho. Tendió las manos convulsivas y crispadas buscando algo que sus ojos no alcanzaban á ver: primero encontró la mano de Cecilia, después la de Juan Pérez.

—Vosotros me lloráis toda la vida, dijo con una voz que parecía un soplo.

Cecilia se deshacía en sollozos, gruesas lágrimas caían aplomado de los ojos del herido sobre la cabeza de Valentín.

De repente se estremeció sobre el sillón el infeliz organista, se incorporó, paseó una mirada ciega por su alrededor, y exclamó con palabras entrecortadas:

—Dios me perdonará... porque dejo... en el mundo... quien me llora todos los días...

Entonces juntó las manos de Cecilia y de Valentín, y murmuró:

—Así... así... Ahora... estoy vengado...

Y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo del sillón, que cruzó sordamente, y á los dos extremos de su boca mal cerrada asomaron dos gotas de sangre, que se cuajaron á un tiempo.

En aquel momento se apagaba el sol completamente, y llegaba lento y triste el rumor de la gente que rezaba en la iglesia.

—¡Ha muerto! exclamó Juan Pérez.

—¡Muerto! repitió Cecilia fuera de sí.

—Este cadáver es santo.

—Es el de un mártir.

Y la infeliz viuda alzó á un tiempo á su hijo y al cadáver.

Juan Pérez enjugó sus ojos.

—Cecilia, rezaremos por él todos los días.

—Sí, todos los días.

—¡Adios! dijo Juan Pérez entreabriendo la puerta.

—¡Adios! sollozó Cecilia.

—Para siempre...

—Para siempre...

CONCLUSIÓN.

El cabo Suarez y el sargento Pelas se aburrían de muerte, pero no impedía esto que visitaran juntos la taberna pintada de la calle de San Vicente, y que mano á mano bebieran aguardiente y juraran por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno.

Y esto solía suceder comunmente por la tarde, después de la lista. Y estaban á la puerta de la taberna los dos el día 20 de octubre de 1840, al caer el sol, y el cabo Suarez exclamó de repente mirando al extremo de la calle, que concluye en la muralla:

—Mi primero, ¿quién es Juan Pérez?

—No veo, dijo el sargento tambaleadoso.

Juan Pérez era, y llegó á la puerta de la taberna.

—A tiempo, exclamó el cabo ofreciéndole un vaso de aguardiente. Juan Pérez se dirigió al sargento.

—Mi primero... me vuelvo al regimiento.

—¿Te vas á enganchar?

—Para toda mi vida.

—¡Bravo! exclamó el sargento, á la salud del recluta, y empezó el vaso por vigésima vez.

El cabo Suarez apartó á Juan Perez á la distancia de dos pasos de la puerta de la taberna, y le dijo al oído:

— ¡Y Cecilia!

— No me la nombres más... Todo ha muerto para mí...

— ¿A te vuelves al regimiento?

— Para toda mi vida.

— Mejor hubieras hecho en ahorcarte.

— Tengo que vivir...

— ¿Por qué, si eres solo en el mundo?

— Porque... dijo Juan Perez, porque tengo que rezar.

El cabo Suarez soltó una carcajada, y Juan se encogió de hombros, y fué á que le dijeran de allá en la compañía del sargento Pelan.

José DE SELGAS.

Madrid julio de 1883.

EL FUMADOR DE HAQUIC

Ó HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

(Conclusión.)

— Manda á tu hija que te pregunte donde tiene sus granos provisionalmente.

La mujer del bey se fué á su hija y la aconsejó que desplegara todos los recursos de la nebulosidad para obtener la revelación de un secreto que interesaba no solo á la familia, sino al Estado.

¿Es más provechoso para el hombre el ser loco que razonable? tal es nuestra pregunta.

Bakir-Bu-Djalula, arrojado de pronto fuera de su vida contemplativa, marchaba por la primera vez por el camino de la realidad; las ideas nacen con claridad de su cerebro; oía distintamente la voz del barach (pregonero) anunciando su suplicio en la ciudad; ¿por qué no se había quedado en su tienda?

Sin embargo, se decidió á jugar el todo por el todo. En cuanto se volvió al cuarto nupcial, dió una mirada de admiración á su mujer luego se sentó á su lado, y la encontró llena de gracias. El amor había penetrado en su corazón, sentía mucho la muerte. A veinte años se olvida hasta el pensamiento de la muerte, junto á una mujer amada; un apretón de manos dispuso de melancolía como por encanto.

Lella Sicambor (este era el nombre de su mujer) tomó una derbuka (lambor de cristal,) y dejando caer sus ágiles dedos sobre la piel del instrumento, marcó el compás de un canto nacional. Al preludio del canto, el marido mezcló los acentos de su voz. Una hora después la joven esposa le preguntaba con salamería, por qué tardaba tanto en descubrir sus tesoros, por qué hacía un misterio de una cosa tan natural, y por qué en fin, dejaba á su esposa querida en las angustias de la incertidumbre.

El príncipe de un día besó en la frente á la bella curiosa, y luego metiéndose los dedos en la boca, sacó de ella un grano de trigo, y respondió:

— ¡Este es el capital! con la ayuda de Dios podemos ser los más opulentos del mundo.

La hija del bey se puso pálida y se desmayó; ¡su marido estaba loco!

Bu-Djalula al tomar posesión del suntuoso aposento que le había dado el bey en su palacio, no se había olvidado de trasladar allí la jaula de su ruiseñor favorito. Lella Sicambor no tenía más que un defecto, pero un defecto terrible para un marido amante del reposo, era celoso. La predilección que manifestaba Bu-Djalula por su pájaro melodioso, la había parecido un ultraje para ella, y como la mujer es vengativa, se había apresurado á aprovecharse de la ausencia de su marido para abrir maliciosamente la puerta de la jaula donde estaba encerrado el ocioso ruiseñor. Cuyos ojos ya por la vista de los miraflores, los granadas y los mirtos, cuyas ramas se mecían junto á la ventana donde estaba la jaula, el ruiseñor no dudó en aprovecharse de la libertad que le acordaban, y de un vuelo llegó á un granado en flor, pareciéndose dar gracias con sus cantos á su bella libertadora.

Sin embargo, Lella Sicambor estaba un poco inquieta por los resultados que podía tener su pequeño golpe de estado, que había tenido lugar pocos momentos antes de la conversación que acaba de ser relatada. Los síntomas de enajenación mental que Bu-Djalula había manifestado desde de ella habían aumentado la ansiedad de su alma.

En toda la noche los jóvenes esposos no pronunciaron una sola palabra; solo Bakir pudo cerrar los ojos. En cuanto el alba desiluzó su luz naciente sobre el lecho nupcial, Bu-Djalula bajó á los jardines del palacio. Cerca de los bosguillos de jazmín había una plataforma de mármol blanco, que solo estaba abierta por el lado de Oriente; allí iba todos los días Daly-bey á cumplir sus prácticas religiosas.

Bu-Djalula fué también y principió una ardiente plegaria, supli-

cando al Altísimo que cerrara el abismo que la fatalidad abría bajo sus pasos. Antes de ponerse á rezar había dejado sobre el mármol delante de él, el mágico grano de trigo. Origen de sus visiones y causa singular de su efímera grandeza. Siguiendo el rito tradicional de los fieles oradores del profeta, se arrodillaba y se levantaba alternativamente recitando los Versículos del Alcorán. Acababa de prosternarse sobre el mármol por tercera vez y le besaba con fervor, cuando el ruido de las alas de un pájaro le hizo levantar los ojos de repente. ¡Grande fué su sorpresa cuando descubrió á pocos pasos de distancia á su ruiseñor favorito sobre una mata, deleitándose en comer el pobre grano de trigo. Bien que los vapores condensados por el haquic en su cerebro exaltado comenzara á dispersarse, Bu-Djalula consideraba siempre aquel grano de trigo como una especie de talisman, cuya pérdida debía precipitar el terrible desenlace, en el cual no podía pensar sin estremecerse de espanto. Pero ¿cómo había podido escaparse el ruiseñor? ¿Qué fatalidad había querido que fuera á parar justamente sobre el mármol donde Bakir había depositado su grano de trigo? Bu-Djalula se encolerizó con esa ira frenética propia del aficionado al haquic, y exclamó rabioso:

— ¡Ah! miserable, ingrato, no solo me abandonas, no solo olvidas mi amor y mis cuidados, sino que te atreves á robarme mi última esperanza. ¡Te egeré muerto ó vivo!

Y en seguida sube á su cuarto, toma una escopeta, baja, y se precipita á buscar el desierto. El ruiseñor á la vista de su amo, desplega sus alas, suelta un grito y pasa sobre los muros del palacio en la dirección del Cuñat-Ali (Oeste de Constantina). Bu-Djalula corre á la montaña donde vegetaba un antiguo olivo medio quebrantado por los vendavales. El corazón de Bakir late violentamente al acercarse al árbol, pues apenas se atreve á esperar que en él haya detenido su vuelo el fugitivo. Se oye un ligero silbido de repente, y el pájaro se escapa del olivo, en dirección al Sur, pero su vuelo no es muy rápido, y hasta se diría que se complacía en permanecer como inmóvil en el espacio, esperando á que se acercara su amo. Sin embargo, no se pone nunca á su alcance, como si conociera el peligro con que le amenazaba el arma de Bu-Djalula. Todo el día Bakir corrió detrás de su presa; era entonces la época de los días más largos del año, y cuando vino la noche, Bu-Djalula se hallaba sin fuerzas, rendido de sed y de fatiga.

Había llegado, en fin, á un valle delicioso, lleno de sombra y de verdura mantenido por un límpido arroyuelo. El ruiseñor, no menos cansado que su amo, cae sobre una moresa que dominaba aquel oasis en miniatura.

— ¡Ah! pícaro animal! decía Bu-Djalula apagando en sed por entre unas matas de laureles al cabo de un camino á tí... ¡tu muerte dejará satisfecha mi venganza!

Ya su dedo se apoya en el gatillo, se sacó el cañante alado. Pero de repente oye un ruido parecido al que producía un caballo á escape. Bu-Djalula batiendo que llegue un enemigo se oculta entre unos matorrales, con los ojos clavados en la dirección por donde se oye el ruido. Bien luego distingue un hombre alto, robusto, con los ojos ardientes y una escopeta al hombro. ¿Qué quiere en aquellos lugares solitarios. Bu-Djalula, inmóvil y conteniendo la respiración, le observa con ansiedad. Al llegar cerca de los laureles, el desconocido para el caballo, mira en torno suyo con ojos escudriñadores y trata de descubrir si habrá por aquellos sitios algún otro viajero. Seguro de que nadie presencia sus acciones, se apea al borde del arroyo. Cerca de allí había una piedra enorme; el desconocido la levanta y la separa con una facilidad que anuncia una fuerza poco común; debajo había un hoyo. Bu-Djalula ve que descarga después una maleta y que la deposita con cuidado en el hoyo, no hay duda, aquel hombre enterra algún tesoro.

En el momento en que se inclinaba sobre la ranja, Bu-Djalula pudo distinguir mejor sus facciones. Aquel hombre misterioso es Bu-Ra'ad, el caid de los Seguias; está delante del rebelde contra quien debía marchar en persona el bey de Constantina. Un agudo silbido del ruiseñor saca á Bu-Djalula de su ensueño y le parece como un aviso de lo que debe hacer. Entonces, armándose de sangre fría, apunta al corazón á Bu-Ra'ad; sale el tiro... y el jefe árabe cae herido mortalmente, mientras el pájaro vuela con espanto.

Bu-Djalula se comuere hasta tal punto, que se determina en él como una súbita revolución; sus ideas se aclaran, y su razón como si despertara de un letargo profundo recobra el imperio de su inteligencia con el de sus sentidos. Lo primero que hace es prosternar el rostro en tierra, para dar gracias al Altísimo, y luego corta la calza del caid, le envuelve en un hulk y saca del hoyo la maleta. Poseedor de estos tesoros, salta sobre el caballo y galopa hacia Constantina.

La aparición de Bu-Ra'ad en aquellos parajes le dice á Bakir que se halla sobre el territorio enemigo, y que en tanto que permanezca allí, peligra su vida. Una hora hacía que iba corriendo por montes y por valles, cuando al salir de un estrecho barranco distingue una porción de hombres á caballo. ¡La fuga es imposible! El desgraciado Bu-Djalula alza los ojos al cielo como un hombre que se prepara á su-

frir una muerte inevitable. Ya oree sentir en su pecho el frío acero del yatagan, cuando se oyó el grito de ¡Bu-Djalula! ¡Bu-Djalula! repetido por cien bocas. Son los soldados del bey que le rodean y se apresuran á llevarle cerca de Daly-bey que seguía á sus ginetes á poca distancia.

Al aspecto de su yerno el príncipe de los creyentes frunció las cejas y se dispuso como á dar alguna orden siniestra. Pero Bu-Djalula se apresura á sacar de entre los pliegues del haik la cabeza de Bu-Ra'ad y exclama:

—¡Oh, mi amo! tu esclavo había jurado no descansar ni comer hasta que te hubiera vengado de un súbdito traidor y rebelde; su depecho está cumplido, pues aquí tienes job, señor, la cabeza y los tesoros del caído de los Seguias!

La vista del oro y las pedrerías que saltan de la maleta á los pies del bey calman su cólera; pero su entusiasmo no conoce límites cuando ve rodar la cabeza sangrienta de Ra'ad (1).

—Dios es grande, hijo mío; él es quien te ha guiado y él es quien me ha inspirado la idea de casarte con mi hija querida.

Satisfecha la primera expansión de gozo, piden á Bu-Djalula que



(Mad. de Pompadour.)

cuente cómo ha podido llevar á cabo un suceso tan maravilloso como la derrota del caud por un solo hombre, en el seno mismo de la poderosa tribu. Rare vez Bu-Djalula capocia de imaginación, y esta vez la espiñó sin escrúpulo para dar á su acción todos los colores del heroísmo más brillante. Como sus pruebas estaban allí, no había que replicar nada; por eso todo el ejército estuvo unánime en proclamar á Bu-Djalula como el padre de los soldados, el emir de los guerreros, ¡el bendito de Dios!

La tribu de los Seguias se sometió, pagó una enorme contribución y todos se volvieron á Constantina.

El sueño principiado junto á un campo de trigo se concluyó con un triunfo, cuyo recuerdo conserva el pueblo todavía.

A falta de su capital imaginario, Bu-Djalula llevó su tesoro en dinero, diamantes, collares y otras alhajas.

¿De qué sirve la sabiduría?

A. C.

(1) Bu-Ra'ad quiere decir en árabe tembloroso el hijo.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Esperad al menos que se nos abra, dijo Reginold, y tendremos un criado para guardaros las capas.

A lo cual respondió Megret con tono burlon:—Es que no se apresuran á abrir.

—No habrán oído.

Reginold volvió á llamar; pero nadie respondió la época esta vez.

—¿Qué significa esto?

—Significa que no quieren abrirnos, porque no hay sino los muertos que respondan á un estrépito semejante. Ahora ¿quereis que trate de hacermos abrir? Acaso será más feliz que vos.

Un fruncimiento de cejas plegó los labios de Reginold. Estaba plenamente convencido de la inutilidad de semejante tentativa, después del mal éxito de la soya. ¿Pero por qué había de rebuasar una derrota á un tánto?

El caballero Megret no golpeó brutalmente con el llamador. Introdujo la punta de la espada entre la plancha de hierro de la cerradura, y la agitó como el badajo de una campanilla. Como puede comprenderse, el ruido que hizo fué muy corto y pareció imposible que llegase hasta la casa á través del espacioso zaguán. En el tiempo en que tardaban en venir á abrir ó según Reginold en no venir, aplicó este su ojo al de la llave y notó con un sentimiento de sorpresa, que no se escapó á Megret, un gran trineo de viaje, acompañado de dos carricoches destinados á llevar maletas. Estos preparativos de marcha, recordándole las intenciones de la condesa, de dejar la Suecia si la guerra se encendía, causaron un espantoso efecto en Reginold. Su dolor se aumentó con la humillación, pues un lacayo corrió á abrir.

—Pues que estais convencido, dijo Megret, de que á quien se abre es á mí y no á vos, ¿tendreis la bondad de no turbar mi entrada y de dejar nuestro duelo para otro día?

No se sabe si Reginold hubiera aceptado la proposición; pero el lacayo, deteniendo á Megret en la puerta, le dijo sin ver á Reginold:

—Aun no tengo nada, señor.

—¿Cómo que no tienes nada? pero va mi vida...

—La señorita Georgina no la deja.

—¿No la deja?

—No señor: estan juntas.

—¿Qué horrible contratiempo!

Reginold desde un rincón trataba de escuchar temblando de rabia.

—Pero cuando se acueste...

—Ni aun cuando se acueste.

—Y bien, en ese caso debía de haberse acudido al gran medio...

porque yo no puedo esperar...

—¿El narcótico?

—Es... esclamó Megret, sabiendo que Reginold escuchaba.

—Y cuando duerma tomaré el molde en cera... es muy arriesgado.

—Mas bajo... habla mas bajo... si, la sacarás en cera y me la darás.

—Ah, señor, tengo escrúpulos...

—Yo tengo veinte louis en la mano.

—Contad con migo...

—Oh Georgina, esclamó Megret dando los veinte louis al lacayo que se retiró.

En seguida Reginold, que no había oido bien mas que esta esclamación, dijo:—Qué, amais á Georgina y no...

—La amo... es decir...

—Oh no temas confesármelo, caballero; nada de rivalidad entre nosotros, sino estimación, confianza.

Y Reginold estrechaba las manos de Megret.

—Ah, dijo este, ¡es, pues, otra cosa lo que venis á buscar aquí vos tambien?...

—Si... caballero.

—Y bien, lo mismo yo, respondió Megret yéndose y dejando á Reginold en la misma oscuridad, la misma duda y las mismas angustias celosas de que se creía libre. Indignada al fin de verse burlado de tantos modos y por tantas personas á un tiempo, empleó el mismo medio que el caballero Megret para hacerse abrir la puerta. El lacayo corrió y abrió.

—Tengo orden, le dijo, de no dejaros entrar en el cuarto de la señora.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—La señora.

—Es imposible, dejadme pasar.

—El Sr. Reginold no querrá, según creo, obligarme á emplear la fuerza...

—Entraré...

El lacayo dió un silbido, y una nube de criados armados apareció en la alta de la escalera.

Bien está; no insistiré, dijo Reginold; pero como presumo que no se habrá unido á esta orden la de echarme, quedaré en este zaguán...

—Podéis hacer lo que os plazca.

—Todo lo sabré, pensó Reginold sentándose en uno de los bancos de piedra colocados á lo largo de la pared, sabré lo que quieren decir estos preparativos de fuga... Se me dirá aquí como se me hubiera dicho arriba, por qué se me niega la entrada, se me dirá en fin en qué derecho se funda el caballero Magret para ser recibido tan fácilmente en una casa en que se me recibe de un modo tan extraño... Se burlan de mí quizá... ¡Oh qué ideal! Pero esta orden... Daba ser una equivocación... Pero Magret ha llamado apenas cuando se le ha abierto... y y su conversación en voz baja con el erudito... ¿Será particular conocida de la condesa? ¿Dónde puede haberle visto?... me pierdo en conjeturas... ¿Será amado de la condesa? En ese caso tengo en mi mano una venganza terrible, con decirle todo al rey que ama apasionadamente á la condesa, y que los castigará, á él con la muerte, á ella con el destierro... Pero esta venganza será infame para mí, murmuró Reginold indignado contra sí mismo.—Bastemos, añadió alzando los ojos al cielo, ¿esperar, oh Dios mio, esperar el demonio ha creado esta palabra, esperar el mas cruel de los suplicios.

Mientras Reginold mascullaba este monólogo en el zaguán, la condesa de Koenigswark y Georgina, que ignoraba enteramente las proyecciones de su señora, cambiaban entre sí palabras animadas, á las cuales la gravedad de las circunstancias daba prodigioso valor.

—Si, señora condesa, decía Georgina, torciendo á ser la verdadera Georgina, os lo repito con toda la inocencia y todo el terror de mi alma; el papel que me haceis representar me da miedo.

—¡Qué niña sois, miedo de un fantasma!

—Al contrario, es muy serio... decir al rey que le amo... á un rey...

—Y bien, ¿qué tiene eso de extraño? Luis XIV no ha oído otra cosa en toda su vida.

—Cuando no le amó...

—¿Quién os ha de decir que Luis XIV haya sido amado?

—Vos broméis, señora condesa; pero yo, yo sufro.

—Otra cosa sería; le amarais. Oh, entonces...

—Amarle, escucharle con complacencia, con ternura... lo habeis querido... pero qué comedia!

—Pero hace falta mucho ingenio para sostenerla, y ¿quién podía yo escoger mejor que á vos?

—Señora, no se tiene ingenio cuando hay que mentir.

—Al contrario, entonces se despliega el que se tiene.

—No se tiene ingenio, señora, os lo repito cuando hay que engañar al tirano.

—Se que amais á ese confidente, á esa favorito de Carlos XII...

—Si, lo sabeis, señora, y como suponais que no sucumbia al dolor si tengo que jugar mucho tiempo con su amor, burlarme de él cuando iguala al mio, mientras me complazco en oír los bruscos juramentos del rey?... Con dos máscaras se ahoga una... y se muere entre dos hipocresías.

—No, ni se ahoga una ni muere... usa simplemente de la coquetería.

—Vengo á suplicar, señora condesa, y esta vez mas firmemente que nunca, que me dispenséis de este empleo superior á mis facultades, á mi corazon y á mi ingenio, cuyas fuerzas habeis exagerado comparándolas á las vuestras.

—Sois modesta, Georgina.

—Nunca fui mas sincera.

—Os conozco mejor que vos misma.

—Os engaños acerca de mi energía y de la agilidad de mi inteligencia. Cuando os ruego que no me esponáis á mentir al rey es porque conozco que no está lejos el momento en que me voy á hacer traición á mi misma delante de él, y le dejaré ver toda la falsedad de mi alma... un solo instante puede verme...

—Decid mas bien perderlo todo... replicó la condesa.

—Si, señora, eso es, perderlo todo.

—Pero yo seria la primera que se perdiese si eso sucediera... pedidlo bien.

—Lo sé, señora; pero mi amistad, mi fidelidad, mi gratitud nada podrían impedir.

—Mi querida Georgina, sed mas dócil, sed mas buena, dijo la condesa después de un momento de silencio, pasando amigablemente su mano á rodear del cuello de su dama de honor.

—Yo quisiera serlo, señora.

—Qué, no os creéis bastante fuerte, bastante astuta para rodear de una cadena el cuello de ese oso, y de un cordón de seda el de Reginold? Pero eso es hasta divertido para una mujer...

—Oh señora! las palabras disfrazan muchas cosas en la conversa-

ción, pero la verdad es... que el amor del rey es tan verdadero como el de su favorito.

—¡Estais encantadora!... murmuró la condesa, estrechando aun mas á su cómplice; jamás desplegais tanto carácter como cuando creéis caer de él; vamos, amiga mia, no os afijais, yo os libraré de toda contrariedad; pero concedidme solo dos meses de esta coquetería que os causa tan grande, y permitidme añadir tan ridiculo espanto.

La condesa esperó una respuesta.

Georgina guardó silencio haciendo por sonreír.

—Qué, exclamó la condesa, ni dos meses que necesito para partir en tres pedazos este reino que he puesto en vuestras lindas manos creyéndolas mas dóciles, mas fieles...

—Mas fieles... lo son, señora. Oh sí, lo son, no lo dudéis, si quereis una prueba al instante mismo; pero una prueba que no liera mas que mis intereses, pedidme la, estoy pronta á darla como habeis dado vos la vida á mi padre haciéndole descender del cadalso en que estaba ya arrojado.

—¿Y qué prueba es esa, niña exaltada? preguntó la condesa, admirada á pesar suyo de tanta firmeza.



—Si rehúso coadyuvar mas tiempo á vuestros proyectos animando el amor del rey, puedo alzar tambien á Reginold por medio de una indiferencia afectada.

—Pero es de vuestra ayuda y no de vuestra neutralidad de lo que necesito, exclamó la condesa impacientada. Vuestros prolongados escrúpulos despiertan hartos recuerdos contra vos... y entre un enemigo y un amigo inactivo no he comprendido nunca bien la diferencia.

—Yo vuestra enemiga, señora!

—Casi, casi, una ingrata...

—Pero yo no he olvidado nada, ninguno de vuestros beneficios, señora... Oh no me llameis ingrata...

—Habeis olvidado, Georgina, que sois la hija del conde de Melander, que el conde de Melander ha conspirado contra su bienhecho, contra su señor Federico Augusto, gran Elector de Sajonia, cuando se presentó como rey de Polonia, rivalizando con el príncipe de Conti; habeis olvidado que impulsado por la Francia, por el príncipe de Conti, ó por el partido polaco que queria un príncipe de sangre francesa en el trono de Polonia, vuestro padre, el conde de Melander, ha alzado su mano contra el gran emperador Federico Augusto, y que en su mano llevaba

un puñal; todo esto fué secreto; secreto como su prision; secreto como su juicio y su sentencia en medio de la noche.

Georgina desafiada, caída en brazos de la condesa, lloraba y suspiraba; moría de espanto recordando esta historia, sencilla pero incisivamente contada por la condesa.

—El cadalso, prosiguió esta, fué levantado en el patio de la prision durante la noche; solá vos fuisteis admitida en el calabozo de vuestro padre para darle vuestras últimas lágrimas y un último beso en cambio de su último suspiro. Os acordáis de esto? Entóndor vuestro no había nadie que quisiera interesarse por el conde de Melander, conspirador, traidor y regicida; qué crimen! Qué noche! No tenéis mas que dos nombres delante de vos; vuestro padre y el verdugo. De pronto pensasteis en mí.

—Oh señora... señoras... señora...

—El verdugo suspendió su hacha por diez minutos. Del calabozo corristeis al palacio del Elector... Os escuché, enjugué vuestras lágrimas, noble niña! Abagué vuestros gritos en un beso, y corrí majada de vuestro llanto y del mío al cuarto del Elector... El Elector concedió la vida al culpable con las condiciones que yo quisiera... Esas condiciones las conocéis... las habéis olvidado.

—No, no, señora, están siempre aquí...

—Oh! las habéis olvidado... vuestro padre, el conde de Melander fué sacado de su prision, y al día siguiente se dijo que había sido decapitado durante la noche.

—¿Qué no os debaré yo durante mi vida!

—Y me prometisteis, es preciso que os lo recuerde, de consagraros, á mi durante el tiempo que fuere necesario para conseguir en interés del Elector Federico Augusto, que en mi nombre había perdonado á vuestro padre, un proyecto de los mas grandes que la política ha emprendido, la particion de un reino, la particion de la Suecia que un rey indigno de este nombre, no sabe gobernar.

—Es cierta, señora, lo he prometido...

—Puse los ojos en vos, Georgina, porque una casualidad, de que estoy orgullosa, me ha hecho casi tan bella como vos, concediéndome casi las mismas facciones y un ingenio que el uso ha hecho quizá mas punzante en mí; pero que el empleo mas moderado, ha hecho más original en vos. Yo proyecté, dichosa de esta semejanza, hacerlos pasar por mí, haciéndome pasar por vos, en la corte de Suecia, para poder ver lo que vos no visteis. Os he dejado el papel más brillante y he tomado el más difícil. Sois la condesa de Koenigsmark y soy vuestra prima de honor. Todo iba bien hasta aquí. Nada se sospecha y sabo mas pronto por punto cuanto se hace, cuanto se piensa, cuanto se medita, cuanto se ve á hacer. Mejor aun; arreglamos aquí los sucesos á nuestro gusto, cuando estamos prevenidas y los dirigimos en el sentido de una próxima crisis. Un suceso mas grave que todos los que hasta ahora han tenido lugar se presenta: el proyecto de Carlos XII de hacer la guerra á los reyes que le atacan. Ese proyecto ha brotado como un milagro en su cerebro exaltado por la orgia. Vengo de su palacio, lo sé todo y precisamente cuando voy á contrariar ese desastroso proyecto, cuando voy á redoblar mis esfuerzos por contener al rey en la red de seda, pero irrompible de un nuevo amor, desconocido para él que se cree bastante fuerte para vencerla, me negais vuestro apoyo... ¿Y si yo hubiera negado el mío á vuestras lágrimas cuando la hacéis esperar en el rincón del calabozo de vuestro padre?

Georgina no respondia sino por lágrimas.

—Yo había previsto vuestra defeccion, continuó la condesa, me he confirmado en mi idea desde que os vi prendada de ese Reg. nald. Hay almas que el amor eleva y fortalece, hay otras que abate y quiebra...

—Oh señora, exclamó Georgina alzando los ojos al cielo, vos no habéis amado nunca.

—Debéis vos ser la última en dudar que he amado.

Esta respuesta, inspirada por el reprocho, fué un rayo de luz para Georgina que comprendió por primera vez á qué título la condesa había podido alcanzar del Elector el perdón de su padre.

—Yo había previsto vuestra traiscion, repitió Aurora, porque en buena política todo debe preverse... y he tomado mis medidas. Concediendo la vida á vuestro padre no le he concedido la libertad, que por lo demás me hubiera sido imposible concederle, porque no se le podía hacer pasar por muerto haciéndole aparecer en medio del mundo.

Esta necesidad favorecia mis proyectos sobre vos, y me aseguraba vuestra fidelidad. De su calabozo, vuestro padre fué llevado á una fortaleza en el fondo del golfo de Botania, sin sufrir hambre ni sed, sufre allí mucho á causa del clima y de la privacion absoluta de la libertad.

—Oh padre mío.

—Ese grito me acusa de cruel?

—No, señora, no... es el grito de mi corazón, es el grito irresistible de mi dolor...

—Sin ser enteramente dueño de la suerte de vuestro padre puedo

dentro de algun tiempo obtener cierto adelantamiento á su prision, luego algo mas de libertad, luego...

—Oh gracias, señora, qué reconocimiento...

—En fin, su completa libertad.

Georgina cayó bañada en lágrimas á los pies de la condesa.

—Me comprendéis, querida Georgina?

—Sí, señora.

—Queréis continuar, pues me habeis comprendido, sirviéndome como del amigo?

El mandato, las caricias, las aduaciones, las seducciones, las amenazas, las lágrimas se cruzaban continuamente, se las veía en sus ojos y en la boca de la condesa.

—Haced de mí lo que queráis, señora.

—Dentro de un año, vuestro padre, el conde de Melander, será libre, dijo con alegría la condesa á Georgina; dentro de un año seréis quizá la esposa de Reginold, el como tengo motivo para creer, ese jóven es por su nacimiento digno de vos, pues hay misterio en torno de él. Lo sabemos todo aquí excepto lo que le concierne. Oh, por qué tenéis ese medallón en vuestro collar de amber gris? Preguntó con sorpresa la condesa á su linda dama de honor, que estrádo adorno!

—Es un amuleto, respondió Georgina. Cuando me separé de mi familia para seguirlos, mi tío materno me le ató á la estreñidad de este collar.

—¿Qué estrádo medallón... repetia la condesa, pero de repente se dejó oír en la escalera un estrádo ruido de pasos y de voces seguidas de estas palabras:—sucorral delonoe! socorral!

La condesa corrió á abrir la puerta para saber lo que sucedia.

Reginold con los ojos chispeantes, los cabellos erizados y la espada desnuda en la mano penetró en la habitacion.

—Señora, señora, decia con voz trémula y ahogada el jefe de los criados, este caballero, á pesar de nuestra consigna, cansado de esperar en el zaguan, suponiendo que se le engañaba, suponiendo que vos y la señorita Georgina habeis partido... que el trágo no servia mas que para ocultar vuestra fuga, ha querido asegurarse por sí mismo y nos ha a paleado, herido, dispersado...

—Conservad vuestro papel, dijo por lo bajo la condesa á Georgina, hablad como yo hablaría.

(Continuará.)

LOS DOS PRIMOS.

Armando de Brevantes y Jorge de Herboville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable; la naturaleza les había dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educacion, como hacian las mismas estudios en el mismo colegio y bajo la direccion de los mismos profesores, parecia que no debía establecerse la mas pequeña diferencia; sin embargo, la había muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varón de una familia que se había ilustrado en la carrera de las armas, había llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta: el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputacion sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. Mr. de Herboville tenía dos hermanas, con quienes la suerte se había mostrado menos róbida con respecto á fortuna: la una, que había llegado á ser esposa de Mr. Bravantes el anzuelo, era la madre de Armando; la otra, que pasó á las Guadalupe en calidad de doncella, se había casado con un rico plantador llamado Domingil. Esto no granó mucho tiempo del dichoso cambio efectuado en su posicion; al año de su matrimonio murió al dar á luz á una hija, que mas tarde encontraremos con el nombre de Lucía.

La diferencia que hemos señalado entre Armando y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educacion, ó mas bien al provecho que habian debido sacar. Jorge poseia un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que sabía lo había estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez hablaba en sus conversaciones; pero entónces se le oia hablar perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversacion; su estilo árido, templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi rayaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armando era todo lo contrario; tenia poco talento y menos ciencia, escribía mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los había alcanzado y había salido del colegio con cierta reputacion, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo más indolente y perezoso de su division. Es un enigma, cuya solucion encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada dia suministra una prueba del hecho que vamos á contar.

Armando recibió por vía de regalos una porción de libros, ya amenos, ya instructivos, que leía muy poco; Jorge, que los hubiera leído mucho, no recibía ni uno, y como es natural, muchas veces envidiaba la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que mas excitaba su curiosidad era una magnífica edición de las poesías de Lamartine. Armando, que conocía esta debilidad de su primo, usó con destreza gran partido de ella en la distribución de premios: el día del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

—Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

—Habla, respondió Jorge con afección, no puedo rehusarle nada: ¿qué exiges de mí?

—¡Oca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar la composición.

—¿Pero me propones una traición!

—¿Qué importa?

—¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composición...

—Espero que sea excelente, y que se llevará el premio.

—Razon de mas sería hacer perder una plaza á aquel cuya composición sigue á la mía.

—¿Es decir que rehusas.

—No, acepto, respondió Jorge, pero quiero, ya que cometamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composición, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¡Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazón debió palpitár con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo y cuando le vió listo y alegre lanzarse hacia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecía confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la había encontrada muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ociosidad, y esta no tardó en presentarse.

Ya hemos dicho que Armando tenía una gran dosis de vanidad y de similitud: no le bastaba ser rico, quería ser considerado, deseaba laudable sin duda cuando se busca en la consideración el precio de sus estudios y de sus servicios. Un honroso destino, un título, una condecoración, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su saujo: aun no tenía veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa, el camino se abría delante de él seguro y rápido; su porvenir dependía únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habían confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armando reconocía lo mismo que en el colegio su insuficiencia: pero no se inquietó lo mas mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que le intriga y le abala constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de dinero y aplomo, ménos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivía con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plaza de copista en casa de un literato, gran autor de compilaciones. A Jorge, pues, se dirigió Armando; de este modo se granjeó razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por experiencia, y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultad, des ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armando recogía la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigurosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufría su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecía.

Armando encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á ser indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenían que ver con sus funciones. De modo que se descargó enteramente del cuidado de su correspondencia, en la carta mas interesante lo mismo que en el billete mas trivial; solo una cosa le pertenecía, la firma. En fin, llegó á ser tan poderoso esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasión tan mas grave, la mas importante de su vida, en la que nada en el mundo podía justificar ni aun excusar lo extraño de su proceder.

El padre de Armando desde la muerte de su cuñada mantenía correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se mani-

festaba los sentimientos más vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovista de interés. M. Dumesnil sabía perfectamente que la casa Brevaños y compañía figuraban con honor entre las primeras casas de banco de París, y este por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al más ínfimo precio sus productos coloniales, podía realizar un capital de dos millones. El colono no tenía mas hija que Lucía, Armando era hijo deico del banquero; los dos padres, salvo el exámen de las cualidades morales de los jóvenes, habían concebido al mismo tiempo un proyecto de union, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un día M. Brevaños llamó á Armando á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pudiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Justo es decir que Armando suscribió con gusto á un negocio que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenía sentimientos virtuosos, talento, buen corazón? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacían, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear; ¿á qué pedir mas? Con una mujer rica y bonita, no tiene una seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y da dase importancia en sus salones en medio de una porción de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podía considerar como un favor; pero en el que mirándolo mas de-pacío solo se veía una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armando la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir á descontento de la manera con que explicaba lo poco que se le ocurría. Ya empezaba á deliberar si le valdria mas renunciar á las ventajas que se ofrecían que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente:

—¡Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confírselo á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada, mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Únicamente me resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas estén escritas de mi mano... ¿que quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armando le había indicado, y llegó á hacerse tal ilusión, que no hubiera estado mas elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras en las cuales se complacía en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos mas puros de un corazón candido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono mas apasionado, mas persuasivo, sino que le parecía que su primo escribía muy de tarde en tarde, y no había razanas ni en lo que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia.

(Continuará.)

EL ESTIO.

Ma yo recoge el virginal tesoro
Desciende Flora su gentil guirnalda,
Inquieto corre el manantial sovero
Del alta monte en la tendida falda.
Tórnanse en campos de carmín y oro,
Los que fueron de rosa y esmeralda,
Y apenas vea su corriente el río
Á los primeros soplos del estio.

El prado fértil, la escurmada umbrosa,
El soto ameno, la farsa ribera,
Con voz desalentada y carifosa,
Despiden á la dulce primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa,
Desfaldea la altiva enredadera,
Y con amargo y triste sentimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La casta aurora su rosada frente,
Derrama perlas y recoge aromas;
Se abre la flor que su mirada siente;
Repite sus arullos la paloma.

Bajo las ramas del laurel naciente,
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.
Del aura dócil al impulso blando
La rubia miés en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra goza y de placer gorgea;
Las ondas de la fuente suspirando
Quiebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al respirar las flores.

Corta el blanco perfil de la majada
La noble enciua que á tu edad resiste,
En su copa de fruto coronada
La vid de verde majestad se viste;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que en el profundo afán que la devora
Amores canta cuando ausencias llora.

Del hondo valle en la alfombrada orilla
Manso cordero del dolor sosiega;
Se oyen los cantos de la alegre trilla,
Suenan los ecos de la tarda siega;
El sol en medio del espacio brilla,
El cielo azul su majestad despliega,
Descansan á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Cándido como sueño de esperanza,
Puro y feliz como el amor primero,
Su luz tranquila desde Oriente lanza,
Sol de la noche, el virginal lucero,
La nube oscura á disipar alcanza,
El de la casta luna mensajero;
Tiene en su nombre, y suspirando ella
Siguele en pos enamorada y bella.

Castos y misteriosos corazones,
De fé, de amor y de esperanza llenos,
Que guardais las primeras ilusiones,
De vicio torpe y de mentira ajenos;
Vosotros que en las hondas aficciones
Mirais el triste porvenir serenos,
Venid que os da su celestial rocío
La tibia noche del ardiente estío.

José SELGAS y CARRASCO.

LA PAZ DEL ALMA.

A mi querido amigo D. José S. Ocaña.

Placeres ilusorios,
vanas quimeras,
que amargais á los hombres
la vida entera,
abridme calle
por que de seducirme
tratáis en valde.

LA FAMA PÓSTUMA.

Sabes lo que desprecias
mozo arrogante,
ignoras que la vida
del hombre grande
es flor eterna
que las generaciones
cuidan y riegan.

YO.

Los que á caza de gloria
se van sin génio,
suelen tomar la ruta
que vá al infierno;
y es grande chasco
hacerse prisionero
de los contrarios.

EL PODER.

No ves ese magnate
que airado mira,
ante cuya presencia
todos se humillan,
que manda y vuela
su voz como la furia
de la tormenta.

YO.

Al que tiene en sus manos
honra y provecho,
los desagradecidos
hacen perverso
y á veces logra,
pobre y aborrecido
morir en horca.

EL DINERO.

No hay para mí imposible,
soy el rey del mundo,
por que el alma del hombre
va en mis escudos.

La especie humana
cuanto tiene y anhela
lo vende y paga.

YO.

¡Todo el oro del mundo
no puede darnos
ni el instante de vida
que despreciamos!...

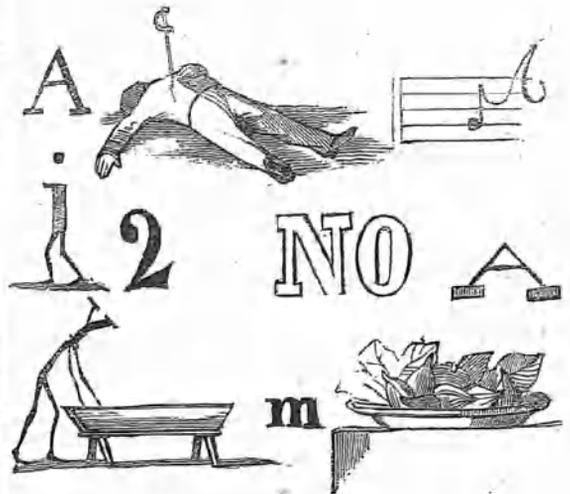
¡La dicha es cosa
que se vende, se aprecia,
ni que se compra?

Gloria, tu laurel cubra
la sien del génio,
poder guarda tus goces
al hombre escelso.

Divina gracia
conservad en mi vida
la paz del alma.

EDUARDO GASSET.

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL PUBLICADO EN EL NÚMERO 29.

De árbol caído todos parlen leña.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.